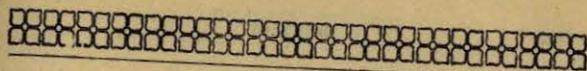


ser, prefiero no volver á verte. Haz tu fortuna con lo que junto á mí has aprendido. Te he debido las mejores horas de mi vida desde hace años. Por esto te perdono. Pero te repito que no te veré más. Todo ha concluído entre nosotros. . Y en cuanto á ti—continuó, envolviendo á Ely en una mirada de odio—, ¡yo te prometo que nos veremos!...



XII

EL DESENLACE

Aquella amenaza, pronunciada con una voz que revelaba una terminante resolución, no hizo bajar los ojos á la joven. Al regresar á su habitación, no retenía de aquella escena tan terrible para ella, puesto que la había atraído el odio del más injusto y vengativo de los hombres, más que una impresión ajena por completo á su seguridad personal. Al escuchar al Archiduque arrojar aquel grito de bestia herida, habíase representado lo que debía haber sido la conversación entre Olivier y Pedro. Acababa de ver á lo vivo el sentimiento que unía á los dos amigos; la rebelión del hombre desdichado contra la mujer y contra el amor, y el arranque para buscar refugio en la fraternidad viril como en un fuerte al que la funesta compañía no podía llegar. Ely vió el conflicto entre la amistad y el amor. En el corazón de Verdier el triunfo era del amor, no sentía por el Príncipe más que una amistad de discípulo á maestro, del obligado al protector, llena de deferencia y de reconocimiento, y, además, Verdier estimaba á la mujer que amaba. ¡Qué diferente hubiera sido su ac-

titud si él hubiera devuelto al Príncipe amistad por amistad, como Pedro á Olivier, y sobre todo, de haber juzgado á Florencia Marsh como Pedro juzgaba á su querida! La analogía y el contraste se impusieron á Ely al salir del laboratorio con tal intensidad, que destruyó la energía física que le restaba. La necesidad de acción en beneficio de los otros no la sostenía ya. Estaba frente á sí misma, y, como sucede después de las emociones fuertes continuadas y de esfuerzos demasiado enérgicos, su organismo desfalleció. Apenas volvió á su cuarto, sintióse atormentada por una jaqueca parecida á una agonía; y efectivamente, agónias son estas crisis del sistema nervioso, al que la voluntad ha exigido demasiadas fuerzas y que pide descanso. Ely no intentó luchar; acostóse como una enferma á la una, después de haber enviado recado á la única persona cuya presencia podía soportar, la única de la que esperaba apoyo: á Luisa Brión, la confidente olvidada en aquellas últimas semanas.

—Esa es mi amiga —pensaba—, y su amistad vale más que la de ellos, formada de odio solamente.

En su dolor extremo, volvíase, pues, también á la amistad. No se engañaba pensando que la que Luisa sentía por ella era tan grande como la de Olivier á Pedro, ó del Archiduque á Verdier; pero era de otra clase. La amistad femenina y la masculina difieren, en primer lugar, en que la segunda es casi siempre mortal enemiga del amor, y la otra es con frecuencia su más complaciente aliada. Raro es que un hombre mire con indulgencia á la querida de su amigo, en tanto que la mujer, aun la más honrada, experimenta una natural simpatía por el amante de su ami-

ga siempre que haga dichosa á ésta. La mayor parte de las mujeres son enamoradas del amor, tanto del propio como del ajeno; el hombre, al contrario, por un instinto en el que se encuentra algo del feroz despotismo del macho primitivo, no se enternece más que por un amor, por el que él siente ó por el que sienten por él. Hemos visto ya á Luisa Brión toda complacencia y piedad para Hautefeuille, en el momento mismo en que, al recibir la confesión de Ely en el jardín de la quinta, la suplicaba que renunciase á aquel peligroso amor. Desde aquella noche sentía interés por el joven, por sus emociones, por sus delicadezas, mientras empleaba toda la elocuencia de su inquieta ternura para pedir á su amiga que no le volviera á ver nunca. Más tarde, cuando Ely se entregó por completo á su amor, Luisa se había retirado por escrúpulo y por no asistir á una aventura en la que su conciencia le mostraba una gran falta; por discreción, para no imponer á los enamorados una importuna intimidad; por pudor también, por esa severidad de la mujer honrada ante embriagueces prohibidas. Pero ni por un momento había sentido la más pequeña hostilidad contra Pedro. Su tierna imaginación no había cesado de asociarla á pesar suyo á la novela apasionada de su amiga. La ausencia de personalidad que siempre la hizo vivir en la imaginación la vida de Ely, continuaba; pero sobre todo, desde el regreso de Olivier, la identificación de su corazón con el de su querida amiga era completa. La comida en Monte-Carlo cerca de los Du Prat la conmovió hasta producirla fiebre, y desde entonces esperaba aquel llamamiento de herma-

na, aquella invitación para participar los temores, los combates, todos los sufrimientos de un amor del que ella había vanamente querido ignorar las dichas. Así es que no se sorprendió ni se engañó por el recado de Elena, que únicamente le daba noticia de que ésta se encontraba algo indispuesta. De repente adivinó toda la catástrofe, y antes de que terminara la tarde estaba á la cabecera del lecho de la desgraciada recibiendo, aceptando, provocando todas sus confidencias. Y para secar las lágrimas que humedecían aquel rostro querido, para calmar el ardor de aquella mano que abrasaba la suya, estaba dispuesta á todas las debilidades, á todas las indulgencias, á todas las complicidades.

De estas complicidades, la primera, la más inocente, fué la solicitada por Ely al día siguiente, pues durante treinta y seis horas su jaqueca arreció. Como todos los seres vigorosos, Ely jamás había estado buena ó mala á medias. Cuando al fin pudo dormir con ese sueño profundo que sigue á las grandes sacudidas, encontróse tan fuerte, tan enérgica, tan llena de voluntad, como la víspera del golpe que había destrozado su dicha, pero sin saber cómo emplear la energía reconquistada, y de nuevo se dirigió esta pregunta, cuya respuesta dictaría su conducta:

—¿Está aún Pedro en Cannes?

Esperó que por la tarde recibiría alguna visita que le haría conocer lo que deseaba. Pero ninguna de las personas que fueron á verla pronunció el nombre de Hautefeuille, ni ella se sintió con valor para nombrar al joven. Antojábasele que su boca no podría articular las sílabas de que este nombre se compone

sin que su rostro se empurpurase y sin que su emoción apareciese clara á los ojos de todos. Y no obstante, aquella tarde no tuvo en su casa más que amigas sinceras. La primera fué Florencia Marsh, con los ojos llenos de alegría profunda y reposada, y mostrando tras su sonrisa sus blancos dientes.

—Vengo á darle á usted las gracias, querida Baronesa. Verdier y yo hemos reanudado nuestras relaciones. Sé todo lo que le debemos á usted, y no lo olvidaré nunca. Mi tío me ha suplicado le excuse con usted. ¡Tiene tanto que hacer para que podamos partir mañana en la *Jenny!*... Mi novio viene con nosotros.

¿Podía Ely mezclar á esta alegría, cuya inocencia le causaba daño, uno solo de los suspiros que ahogaban su corazón? Y ¿podía dejar sospechar su pena á Adriana, que llegó sonriente de que el ayuda de cámara la introdujese anunciando: «La señora Vizcondesa de Corancey.»?

—Y bien—había dicho la veneciana—: Alvise se ha portado muy bien. ¡Qué niñería es tener miedo! ¡Cuántos disgustos nos hubiéramos ahorrado hablando desde el primer día! Pero no me pesa esta locura. ¡Será un recuerdo tan dulce! Y he mareado tanto á Mario, que aún no está seguro. ¿Qué podemos temer al presente?

Después llegó el turno á los Chesys: ella, temblorosa de alegría; él, ya asombroso de impertinente en su papel de futuro desbravador de caballos de Oeste.

—Cuando se trata de caballos, ese pobre Marsh tiene ideas de niño—decía—; pero tiene mucha suer-

te... Emprende este negocio.. y en seguida me encuentra.

—Al fin voy á ver á los americanos en su país—decía Ivona—. No me disgustará darles algunas lecciones de verdadero *chic*.

¿Cómo no había Ely de felicitarle de que el matrimonio no comprendiera nada de lo que pasaba en su corazón? Oíales contar su futura expedición con una ligereza que producía el efecto una vez más de que para ellos la vida era un juego: ¡y acababan de atravesar una prueba tan terrible! Ely les envidiaba aquella facilidad para el olvido, para la ilusión. Pero el destino de todos, de Marsh, de Verdier, de Corancey, ¿no era así? ¿No tenían delante el aire, la extensión, lo infinito del porvenir, barcas lanzadas en un gran río, que van hacia un libre Océano? Por el contrario, el destino de ella era como el barco en un brazo estrecho que se detiene aprisionado en un escollo, tras el que esperan las tempestades, los abismos. Una palabra pronunciada por Ivona—sobre su alegría de ver el Niágara—presentó ante Ely la imagen dicha; y sin cesar, durante aquellas visitas, sus ojos se volvían á Luisa, como si quisiera convencerse de que tenía un testigo de sus emociones, un corazón capaz de comprenderla, de compadecerla y de servirla. ¡De servirla, sobre todo! Al través de las frases que escuchaba y á las que respondía, su mente seguía su idea: saber si Pedro había partido. Y ésta fué la pregunta que le vino naturalmente á los labios tan pronto como estuvo á solas con la señora de Brión.

—¿Has oído—dijo—todo lo que han contado?

Pues no sé de ello más que antes. ¿Está aquí Pedro aún? Y si está, ¿cuándo se marcha? ¡Ah, Luisa!

No acabó. ¡El servicio que quería pedir á su amiga era tan delicado! A ella misma le daba vergüenza formular su deseo. Pero la tierna criatura á quien se dirigía la comprendió, y la dijo:

—¿Por qué no me confiesas todo tu pensamiento? Tú quisieras que yo procurara enterarme...

—Pero ¿cómo lo harás?—respondió Ely, sin asombrarse de la facilidad con que su débil amiga parecía dispuesta á ejecutar una misión tan opuesta á su carácter, á sus principios y á su razón también.

¿Qué resultado podía dar aquella información sobre la presencia de Pedro y su duración probable? ¿Era ocasión para Luisa de volver con más fuerza aún á sus consejos de la primera confidencia? Entre la señora de Carlsberg y Hautefeuille, por otra parte, no podía haber más que el silencio y el olvido; volverse á ver, era para ambos condenarse á la más vana y á la más dolorosa de las explicaciones; volver á unirse, era el infierno. Todo esto lo sabía Luisa; pero sabía al mismo tiempo que, si obedecía al deseo de Ely, aquellas tristes pupilas se iluminarían con un poco de placer, y por toda respuesta á la pregunta que la otra le dirigía, se levantó diciendo:

—¿Qué haré? Pues es bien sencillo. Dentro de media hora sabré lo que quieres saber. ¿Tienes aquí la lista de los forasteros?

—Debe de estar en la cuarta plana de uno de los periódicos—dijo Ely—. ¿Para qué la quieres?

—Para buscar el nombre de una persona que conozco y que habita en el Hotel de las Palmas ¡Bien!

¡Ya le he encontrado! La señora de Nieul... Espérame sin mucha impaciencia.

—Pues bien—decía volviendo al salón media hora más tarde, como había anunciado—; los dos están aquí y no partirán en algunos días. La señora de Du Prat está enferma. Lo he sabido con gran facilidad —añadió con una sonrisa conmovida aún—. He llegado allí. He preguntado si estaba la señora de Nieul, y la he dejado tarjeta. Después he mirado el cuadro de viajeros, y he interrogado al encargado con aire indiferente. Le he dicho: «Creía que los señores de Du Prat habían marchado ya. ¿Están aquí por mucho tiempo aún?»; y con esto lo he sabido todo.

—¡Y todo lo has hecho por mí!—respondió Ely cogiéndola una mano y acariciándola—. ¡Cuánto te quiero! Me siento revivir. Le volveré á ver. Tú me ayudarás. Tú me lo prometes. ¡Ah!... Es preciso que le hable una vez más..., una sola. Quiero decirle la verdad: que sepa al menos que yo le he amado de un modo sincero, profundo, apasionado... ¡Es tan duro no saber siquiera lo que piensa de mí!...

Sí... ¿Qué pensaba Pedro Hautefeuille de la querida idolatrada, algunos días antes tan estimada, y repentinamente convicta de tal vergüenza? ¿Era capaz de reconocerse entre tal tumulto de ideas y de impresiones contradictorias que se oprimían, se sucedían, chocaban en su alma? Tal vez, si hubiera podido abandonar en seguida á Cannes, el tumulto interior hubiera sido menos fuerte. Este era el único plan de conducta que debían seguir después del juramento que Olivier y él habían cambiado: marcharse, poner el espacio, el tiempo, los sucesos entre ellos y aquella

mujer, á la que los dos amaban y que se habían jurado inmolar á su amistad. ¿Qué puede la voluntad sobre la imaginación, sobre el corazón, sobre el abismo de nuestros sentidos? No somos dueños más que de nuestros actos; no lo somos de nuestros sueños ni de nuestros deseos. Estos se despiertan, se agitan, crecen en nosotros, y nos hacen presente, hasta la obsesión, las miradas, las sonrisas, un rostro, una espalda, el contorno de un seno, y la antigua fiebre corre por nuestras venas. Allí está la querida abandonada llamándonos, queriendo aprisionarnos de nuevo. Y si permanecemos en el mismo punto que ella, si para volverla á ver basta un cuarto de hora de camino, ¡qué valor se necesita para no sucumbir á la tentación! Pedro y Olivier habían comprendido la necesidad de aquella partida salvadora, y estaban resueltos á ella; pero un contratiempo imprevisto les detenía en el hotel; como el encargado había dicho á Luisa Brión, le señora Du Prat estaba realmente enferma. Había sufrido una conmoción demasiado violenta, y no conseguía reponerse. Le quedaba una nerviosidad tal, que apenas salía del lecho y se ponía en pie, al menor movimiento volvíanle las palpitaciones del corazón, hasta el extremo de pensar que iba á morir asfixiada. El médico la había prohibido que se pusiera en camino antes de algunos días. En tales circunstancias, lo prudente hubiera sido que, por lo menos, Hautefeuille partiese. No lo había hecho. Le fué imposible dejar á Du Prat permanecer solo en Cannes. Había pretextado el deber que le impedía abandonar á su amigo en un momento difícil. Si hubiera bajado al fondo de su conciencia, hasta

ese lugar donde se disimulan los pensamientos vergonzosos, los cálculos que no se confiesan, los egoísmos oscuros, hubiera descubierto otros motivos menos nobles para prolongar su estancia en Cannes. Aunque tuviera en la palabra de Olivier la más absoluta confianza, érale intolerable la idea de que quedase solo en la misma ciudad que Ely de Carlsberg. A pesar de su esfuerzo heroico para preservar una amistad tan querida; á pesar de la estimación, la ternura, la lástima que sentían uno por otro; á pesar de tantos recuerdos sagrados; á pesar del honor, la *mujer* estaba entre ellos, y con la mujer todo lo que su fatal influencia insinúa tan pronto en nosotros: los instintos celosos, las susceptibilidades, el taciturno malestar. No iban á tardar en sentir ambos, y bien profundamente, el funesto veneno que había entrado en su carne. Iban además á notar una cosa extraña, monstruosa en apariencia, en realidad natural: que aquel amor, cuya muerte habían jurado en nombre de su amistad, estaba ahora ligado á esta amistad con el más estrecho lazo. Ninguno de ellos podía pensar en su amigo, mirarle, oírle, sin ver al punto la imagen de Ely, de la mujer que había pertenecido á ambos. Ellos la pertenecían ahora por una solidaridad de obsesión que hizo de aquellos días una verdadera crisis de *común locura*, tanto más torturante cuanto que, fieles á su promesa, evitaban pronunciar el nombre de Ely. Pero ¿acaso tenían necesidad de hablar de ella para saber que en ella pensaban?

¡Qué penosos fueron aquellos días, y, aunque fueron pocos, cuánto parecían durar! Los dos amigos se encontraban por la mañana, á las diez, en el salón de

Olivier. Quien les hubiera oído darse los buenos días, preguntar Pedro noticias de Berta, dárselas Olivier, hablar del periódico que acababan de leer, del tiempo, del empleo posible de sus horas, no hubiera sospechado que este primer encuentro era un mutuo espionaje. Pedro observaba á su amigo, y éste á Pedro. Uno y otro tenían hambre y sed de saber si el otro había tenido los mismos pensamientos que él durante las horas que habían estado separados. Y el uno leía en los ojos del otro este pensamiento con tanta claridad como si estuviera escrito sobre un papel, como la funesta frase que había hecho conocer á Pedro toda la verdad de lo que sucedía. El invisible fantasma pasaba entre ellos, y callaban. Entretanto podían ver por la ventana abierta cómo la radiosa primavera meridional llenaba aún de azul el cielo, los caminos de flores, el aire de perfumes. Uno de ellos proponía un paseo al otro, con la vana esperanza de que algo de la serenidad luminosa de aquella admirable Naturaleza pasaría á sus almas. ¡Habíales agradado tanto en otra época pasear juntos, pensando en voz alta y poniendo sus espíritus, como sus cuerpos, al mismo paso! Salían, y transcurridos cinco minutos caía la conversación. Por instinto, y sin ponerse de acuerdo para ello, huían de los sitios de Cannes donde corrían el riesgo de encontrar, bien á Ely, bien á alguno de su sociedad: la calle de Antibes, la Croisette, el muelle de los *Yachts*. Evitaban de igual modo el bosque de pinos, junto á Vallauris, donde hablaron el día de la llegada de Olivier. No iban por la parte de Urie para no ver la silueta de la quinta Helmholtz blanquear entre los grupos de sus palme-

ras. Habían encontrado, tras una de las colinas que sirven de defensa á la California, un barranco solitario, abandonado á causa de su posición al Norte, y en él una especie de parque salvaje, en venta en lotes desde hacía años. A aquel lugar sin horizonte era donde únicamente iban, como dos bestias heridas que se esconden en la misma cueva. La angostura de los senderos no les permitía caminar juntos, con lo que tenían un pretexto para no hablar. Las ramas azotaban sus rostros; sus manos se desgarraban en los zarzales, y llegaban á un arroyuelo que corría por el fondo. Sentábanse sobre alguna roca entre los altos matorrales, y lo salvaje de aquel rincón tan solitario á las puertas de la elegante ciudad, apaciguaba el mal común por algunos instantes. La humedad fresca de aquella vegetación recordábales sitios parecidos en los bosques de Chameane, y podían hablar de nuevo, evocar su infancia y sus más lejanos recuerdos de intimidad. Parecía que, sintiendo que su amistad se secaba, removían desesperadamente el sitio donde había brotado para que reviviera la fuente. De su infancia pasaban á su primera juventud, sus años de colegio, á sus impresiones en la guerra. Pero en estos retornos á otra época había algo de forzado, de convenido, que hacía imposible la efusión. Comparaban sus antiguas conversaciones del mismo género con las de ahora, y comprendían que faltaba la plenitud, el abandono, sin recelos, la espontaneidad, que fueron el encanto de las primeras. ¿Se querían menos que entonces? ¿no sería su afecto nunca ya feliz? ¿no quedaría libre de aquella amargura?

Todavía en estos paseos matutinos, como en los de la tarde, no tenían testigo alguno de su emoción. Si no siempre se comunicaban sus pensamientos, por lo menos no les era preciso representar una comedia. Otra cosa era á la hora de las comidas. Hacíanlas en el salón para que Berta pudiese asistir á ellas. Estos inmediatos comienzos de la familiaridad cotidiana después de escenas como las que habían pasado entre los dos amigos y la joven, parecen imposibles al principio; en la realidad son muy sencillos, y en la vida de familia muy frecuentes. Por delicadeza hacia su compañera, Olivier y Pedro se esforzaban en hablar mucho y jovialmente, esfuerzo que ya era bastante penoso. Además, las conversaciones, aún las más discretas, tienen mil azares. Una frase, una palabra, bastaba para hacer pensar al uno en las relaciones del otro con Ely. ¿Hacia Olivier alguna alusión á Italia? La imagen de Pedro iba á Roma. Veía á Ely, á su Ely, en la terraza llena de camelias blancas y rojas; á su Ely del jardín Ellen Rock; á su Ely de la noche pasada en el mar. Pero en vez de venir hacia él, iba hacia Olivier; en lugar de oprimirle contra su corazón, oprimía á su amigo. Le abrazaba, se entregaba á él; y ¡qué suplicio le causaba esta visión de celos retrospectivos! ¿Hacia él mismo la más inofensiva alusión á la belleza de los paseos en torno de Cannes? Veía los ojos de su amigo llenos de un sufrimiento, en el que reconocía el suyo propio. Olivier le veía en su imaginación yendo hacia Ely, tomándola en sus brazos, besándola en la boca. Esta especie de comunidad en el mismo dolor, les causaba un daño horrible, y los atraía con atractivo mór-

bido. ¡Cómo hubiesen querido en tales momentos interrogarse mutuamente sobre los más íntimos secretos de su recíproca novela, saberlo y comprenderlo todo, martirizarse con todos los episodios! A solas, un último resto de dignidad, les impedía abandonarse á estas vergonzosas confidencias, y en la mesa, en presencia de Berta, daban un giro distinto á la conversación en seguida. Oíanla respirar con ese soplo desigual, prolongado y profundo que revela un desconcierto en el corazón, y aquella sensación de un sufrimiento físico junto á ellos acababa de agitarlos, á Olivier de remordimientos, á Pedro de lástima, que disminuían aún su poder de rehacerse.

De este modo pasaban las mañanas, las tardes, las noches, y tanto el uno como el otro esperaban, con temor y con impaciencia á la vez, el momento de retirarse; con impaciencia, porque la soledad era la libertad para entregarse por completo á su sentimiento; con temor, porque al punto sentían que el juramento cambiado no había resuelto el conflicto de su amor y de su amistad. «No cometerás adulterio», se ha escrito; y añade el Libro: «El que ha mirado á la mujer de otro deseándola, ya ha cometido adulterio.» ¡Frase admirable por su profundidad, y que define en una palabra la identidad moral del pensamiento y del acto, de la concupiscencia y la posesión! Ambos amigos tenían la conciencia muy delicada para no advertirlo sin vergüenza: todo su pensamiento, una vez solos, no era más que una larga, una apasionada infidelidad á aquel juramento. Apenas Pedro le abandonaba, Olivier empezaba á pasear de su cuarto al de su mujer, hablando con ella, pro-

curando dirigirla afectuosas frases, luchando ya contra el pensamiento que había de acometerle en seguida. Ya en su cuarto, lo que él mismo llamaba «su tentación», le oprimía, le dominaba. Reaparecían todos sus recuerdos. Volvía á ver á Ely, no á la Ely orgullosa y coqueta de otros tiempos, sino á la Ely de ahora; la que él había visto tan tierna, tan apasionada, tan sincera, con un alma semejante á su belleza física, y todo su sér se iba hacia aquella mujer en un arranque de amor y delirio. Hablábala en alta voz, implorándola como un insensato. El sonido de su propio acento le despertaba de aquella especie de sueño. Comprendía con horror la locura de aquella miseria y lo que había de criminal en su villano deseo. Se representaba á su amigo, y se decía: «¡Si él lo supiera!» Hubiera querido pedirle perdón por no haber cesado de amar á Ely, y perdón también por haber aceptado una palabra de honor que no debió aceptar nunca. El lo sabía: en el mismo instante, Pedro experimentaba el mismo sufrimiento que él, y esto era muy injusto. Siempre, en este momento, una idea asaltaba el espíritu de Olivier: ¡si fuera en busca de Pedro y le dijera: «La amas, ella te ama; queda á su lado y olvídate!»... Ante este proyecto, de una magnanimidad suprema, sentía con igual fuerza que Pedro había de responderle: «No», y que él mismo no sería sincero; y Olivier lo comprendía con una mezcla de espanto y de vergüenza; sería, á pesar de todo, una alegría para él, una salvaje y odiosa alegría, pero alegría al fin, pensar que, si Ely no era su querida, tampoco sería la querida de su amigo.

¡Horas crueles! Las que Pedro atravesaba no lo eran

ménos. El también, en cuanto quedaba á solas, procuraba apartar de su imaginación á Ely, y con sólo pretenderlo pensaba en ella. A fin de arrojar lejos esta imagen, poníala enfrente la de su amigo, y allí estaba el principio de la crisis: pensaba en que Olivier había sido el amante de aquella mujer, y este hecho se apoderaba de su cerebro como una mano que le sujetara la cabeza para no dejarla nunca. Mientras Olivier veía á su querida de Roma eternecida, ennoblecida, transformada por el amor que Pedro la había inspirado, este último veía más allá de la dulce y tierna Ely de aquel invierno, la mujer que Olivier le había descrito sin nombrarla. Figurábasela coqueta y perversa, con el mismo rostro en el que tanto había creído. Se decía que había tenido otros dos amantes: uno en la época en que era la querida de Olivier, y otro antes... Olivier, Pedro, aquellos dos hombres... Cuatro amantes, y sin duda otros que él no conocía. La idea de que aquella mujer, de la que había creído poseer la virginidad de alma, había pasado de un adulterio á otro, que había llegado á él después de tantas aventuras, le producía un dolor loco. Todos los episodios de su deliciosa novela, de su amoroso y fresco idilio, se envilecían á sus ojos. No veía en todo aquello más que el impuro cálculo de una gran señora herida, que le había atraído poco á poco. Abría entonces el cajón donde conservaba las reliquias de su dicha, y sacaba la petaca comprada en Monte-Carlo con tanta emoción. La vista de la alhaja le desgarraba el alma, recordándole la frase pronunciada por su amigo en el bosque de Val-lauris: «Tuvo amantes antes que yo; por lo menos,

un ruso muerto en Plevna.» Aquel amante, sin duda, había dado á Ely aquel objeto, por causa del que Pedro había sentido enternecimiento y pena tan grandes. Era tan humillante el hecho, que la indignación estremecía al joven. Después veía en otro rincón del cajón el paquete de cartas de su querida, que no había tenido valor para destruir. Otras frases de Olivier volvían á su memoria, afirmando, jurando que para él, para Pedro, Ely había sido verdadera, que le amaba sinceramente, y todos los detalles de su deliciosa intimidad no demostraban que Olivier no tuviera razón. ¿Era posible que Ely le hubiese mentido en el yate, en Génova y en tantas otras adorables horas? Una necesidad apasionada de volverla á ver se apoderaba de Pedro. Parecíale que si él pudiera hablarla, interrogarla, oírla, se calmaría; imaginaba las preguntas que la haría, las respuestas de Ely; oía su voz. Toda su energía se ahogaba en el mortal desfallecimiento del deseo, deseo degradante y sensual. Entonces el joven se revolvía contra sí mismo; recordaba su juramento, los deberes que para consigo tenía, los que tenía para su amigo. Lo que había dicho en el momento del sacrificio era verdad: volver á ver á su querida era renunciar á Olivier. El honor, al fin, vencía por el momento, y pensaba: «Es una gran prueba. Lejos de aquí curaré...»

Cinco días duraba aquel estado, cuando sobrevinieron dos incidentes que debían tener una influencia decisiva en el trágico desenlace de aquella trágica situación. Fué el primero la visita, que Pedro debía esperar, del jovial y astuto Corancey. El joven había cerrado su puerta á todo el mundo para evitar toda